

PROCESIONES Y MARCO INCOMPARABLE

José Francisco López

Desde sus orígenes, las procesiones han tenido una evidente vocación urbana. Y aun en las procesiones claustrales, su recorrido por el interior del templo evoca la imagen de una ciudad, la Ciudad de Dios agustiniana.

Esa relación templo - ciudad se pone de manifiesto en su grado extremo en el ritual de la procesión, trasladando a las calles los resortes retóricos presentes en la articulación arquitectónica de naves, capillas y altares.

Probablemente no haya otras procesiones capaces de desarrollar una suerte de efímera arquitectura mística en el escenario cotidiano de la ciudad de una manera tan efectiva como ocurre en Cartagena cada Semana Santa. Tras la fachada del estandarte, capirote a capirote, se va levantando, calle por calle, el templo procesional que culmina en el gran altar ambulante del trono, precedido por la música que, como el órgano en la iglesia, inunda todo el espacio delimitado por los columnarios capirotes cartageneros. Se delimita así en cada tercio una vía sacra que, al desplazarse por su itinerario urbano, va confiriendo ese mismo carácter a las calles que ocupa, en unos cortejos procesionales que fundamentan en su euritmia acompasada su particular estética litúrgica. El orden rítmico, monumental, de la procesión cartagenera se va trasladando a las calles por donde pasa, consiguiendo en ocasiones rehabilitar, aun efímeramente, la cualidad urbana de muchas de ellas. Esto es particularmente evidente cuando la procesión dobla las esquinas transparentes que delimitan solares ampliamente consolidados por la especulación y la dejadez de lustros, en pleno "centro urbano".

La calle efímera de la procesión resucita las calles borradas por el resbaladizo alicatado que suprimió alineaciones de aceras y vías, y se presenta como una tenaz resistencia de siglos de tradición urbana sucumbidos ante el empuje del nuevo modelo de ciudad - explanada de merenderos.

Todos recordamos la perspectiva de sillas de madera perfectamente alineadas formando el itinerario procesional; nada que ver con el actual mobiliario infame de plástico, en un modelo de sillas que, por cierto, las ordenanzas municipales no permitirían en una terraza.

Y aquí encontramos un nuevo extrañamiento entre la procesión y su marco urbano tradicional, puesto que se ha pasado de realzar las perspectivas urbanas con un cortejo suntuoso a quedar reducido en cada vez más tramos del recorrido a mera atracción para los comensales que tanto podrían estar viendo pasar capirotos como plumeros de carnaval. Particularmente evidente resulta esta situación en esa suerte de sambódromo procesional del eje Puertas de Murcia, con potente iluminación, tanto pública como de establecimientos, más propia de canchas deportivas que de un entorno intimista donde la procesión brille con luz propia. Y aquí no bastan kilos de incienso, bandas de música atronando marchas procesionales, ni ritmo implacable de capirotos, para revertir al escenario el ambiente adecuado para la participación y disfrute de todos los valores, si no espirituales, tan siquiera puramente plásticos de la procesión cartagenera, diluida y desmerecida entre inadecuado paisanaje a mesa y mantel, cual espectadores de una turística cena medieval.

Cuentan que Unamuno, contemplando la fachada de la Catedral de Cartagena en Murcia, exclamó: "*¿Dónde está la catedral de esta fachada?*". De manera similar podríamos preguntarnos ante la realidad del marco urbano, tanto del paisaje como del paisanaje, de la Semana Santa de Cartagena: ¿dónde está la ciudad de estas procesiones?